

A RICARDO, FIEL COMPAÑERO
EN NUESTRO GRUPO DE FAMILIAS EN DEFENSA DE LA VIDA

Estimado Ricardo:

Recuerdo y agradezco tu fidelidad en nuestro grupo de Familias en Defensa de la Vida. Has tenido presencia activa en nuestra reunión semanal de los lunes para hablar sobre los diversos modos de contemplar cómo la cultura de la muerte se ha empoderado de nuestra sociedad. En estas reuniones repasamos el problema del aborto y la eutanasia, el mundo de la droga y el alcohol, los efectos de las guerras en países y familias, las leyes frecuentes contra la naturaleza, las migraciones desde el tercer mundo en busca de lugares que ofrecen trabajo y de paz...

Has participado incluso los días 25 de cada mes (recuerdos de las fiestas de la Encarnación y del Nacimiento de Jesús) en las peregrinaciones que hacemos a un santuario, parroquia, monasterio... para celebrar a las 12 del mediodía, la hora de rezar el Ángelus, una Eucaristía por una intención concreta pro vida, seguida de una comida de hermandad y una visita cultural en un lugar importante de la zona. Agradezco tu participación como la de todos los peregrinos preocupados activamente por defender la vida.

Pero... podemos tener la tentación de pensar que, con estas acciones puntuales, tenemos todo hecho para defender la vida, tranquilizando a la vez nuestra conciencia.

No es poco lo que hacemos, es verdad, y lo tenemos que reconocer, valorar y agradecer, sin embargo el ejemplo de Jesús, el que dijo ser *“camino, verdad y vida”* (Jn 14, 6) fue mucho más radical pues asumió en su propia vida las causas del pecado que había venido a combatir como *“cordero de Dios que quita los pecados del mundo”* (Jn 1, 29).

La liturgia pascual celebra claramente este duelo: *“La vida y la muerte luchándose están. Oh, qué maravilla de juego mortal, Señor Jesucristo, qué buen capitán”* (Himno de Pascua).

¿Qué aporta Jesús con su propia vida a nuestra oración y estudio? Entre los ejemplos que nos ha dado el auténtico creador y defensor de la vida humana están los siguientes:

1 – La aceptación del silencio

Es curioso, el que ha venido al mundo como Palabra de Dios pasó 30 años en silencio. Nos llama la atención tan largo espacio de tiempo encerrado en una vida oculta. Apenas aparecen en los Evangelios palabras ni obras suyas durante tan largo tiempo. Todo se resume diciendo solamente que Jesús *“crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres”* (Lc 2, 41-52).

Más impresionante aún nos resultan sus pocas palabras a la hora de defender su vida ante el tribunal: *“Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene”* (Jn 19, 10-16).

Siglos antes, el profeta Isaías había presentado a Jesús de esta manera:

“He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma... No gritará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz. Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará. Silenciosamente hará justicia; no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho, y su instrucción atenderán las islas” (Is 42, 1-4).

Así defendía Jesús nuestras vidas olvidándose de la suya.

¿Aceptamos nosotros hoy este silencio como medio eficaz para defender la vida?
¿Estamos convencidos de que Goethe tenía razón cuando dijo que: *“solamente en el silencio nacen las obras grandes?”*.

Está bien defender la vida con reflexión, diálogo, oración... pero en tantas ocasiones nos sobran debates, discusiones, enfrentamientos, voces, pancartas, enfrentamientos...

Fue George Bernanos el que dijo: *“Para volver a encontrar la calma, sólo es menester callarse”* y Romano Guardini afirmó: *“El silencio es todo lo contrario de la nada; es plenitud de vida”*

2 – La aceptación de la injusticia

Tras la aceptación del silencio necesario como método de lucha contra la muerte, tenemos que recordar la aceptación que tuvo Jesús para con la injusticia que soportó en su juicio. Pensaría sin duda aquella enseñanza de Platón: *“La obra maestra de la injusticia es parecer justa sin serlo”*.

Lo cierto es que Jesús también aceptó silenciosamente la injusticia para que se cumpliera la escritura tal como la había escrito Isaías:

“Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca” (Is 53, 6-7).

Jesús fue juzgado seis veces, ante personajes bien distintos. Comparece ante diversas personas: Anas, Caifás, el Sanedrín, Pilatos, Herodes y el mismo pueblo. Todos representan otras tantas actitudes que condenarán al que se presenta despojado de todo poder externo. Jesús se presenta ahora inerme, sin armas; pero armado sólo con la fuerza de un amor que no va a detenerse ante la injusticia, el odio o la debilidad.

Los juicios van a mostrar la verdad de cada uno. Jesús calla cuando conviene y habla solamente cuando es necesario. En cada juicio queda claro un aspecto de su identidad y de su misión. Por contraste, quedan en evidencia la ambición, la utilización del poder y la avaricia de Anás, o la verdad religiosa de Jesús ante Caifás, la debilidad de Pilatos, la corrupción de Herodes y la furia del pueblo.

La aceptación del juicio injusto es un paso más en la defensa eficaz de su propia vida.

¿Seríamos nosotros capaces de hacer lo mismo?

Mahatma Gandhi, el profeta de la no violencia, diría más tarde *“ganamos justicia más rápidamente si hacemos justicia a la parte contraria”*. Saber perder ciertas batallas puede ser el mejor medio de ganar la guerra.

3 – La aceptación de la cruz

“La cruz de Jesús es la palabra con la que Dios ha respondido al mal del mundo”, Así ha hablado el Papa Francisco. Jesús había aceptado la cruz desde la noche del jueves en el huerto de Getsemaní: “Padre, si es posible, pase de mi esta cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mc 14, 13-36).

Ignacio de Loyola escribió en sus Ejercicios que “no hay mejor leña para encender el fuego del amor divino que el santo madero de la cruz”.

Aceptar la muerte para defender la vida es la gran lección de Jesús. Isaías había descrito también el sacrificio de la cruz:

“Eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban. Nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado, y eran nuestras faltas por las que era destruido nuestros pecados, por los que era aplastado. El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados” (Is 53, 4-7).

“El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido salvados”. ¿Aprenderemos nosotros esta lección? El mejor medio de defender la vida es entregándola. Escuchemos otras voces que son el eco de la voz del maestro: un mártir en los campos de exterminio nazis, Maximiliano Kolbe, escribió: “La cruz es la escuela del amor”. Santa Teresa de Jesús cantó con sus monjas: “En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo”. Un célebre lema cartujano dice: “La cruz está firme mientras el mundo va vueltas”.

La liturgia resume todo esto en unos versos de un himno pascual: “La muerte en huida, ya va malherida. Los sepulcros se quedan desiertos. Decid a los muertos: “Renace la Vida, y la muerte ya va de vencida”.

4 – La aceptación de la soledad

La enseñanza de Jesús para todos los que queremos defender la vida es la aceptación de la soledad. Dura enseñanza pero eficaz sin duda.

«La valía de un hombre se mide por la cantidad de soledad que es capaz de soportar». Esta afirmación de Friedrich Nietzsche se puede aplicar justamente a Jesús de Nazaret. La fuente de nuestra vida, ante la contaminación mortal que produce el pecado, necesitaba con urgencia una restauración y Jesús lo hace efectivamente a través del largo silencio, la aceptación de la injusticia y, al fin, su abrazo a la cruz. Pero hacía falta firmar todo esto como obra suya, personal, y lo hace aceptando la soledad. Verdaderamente se mostró al mundo solo ante el peligro.

Nos impresiona la soledad de Jesús en los últimos momentos de su vida enfrentándose a la muerte: su pueblo le ha dado la espalda, sus amigos le abandonan cobardemente, las autoridades religiosas y políticas le condenan injustamente... Hasta su propio Padre parece que guarda silencio y Jesús se queja: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado” (Mt 27, 46).

Se cumple así lo profetizado por el profeta Isaías:

“Despreciado por los hombres y marginado, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento, semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara, no contaba para nada y no hemos hecho caso de él” (Is 53, 3).

Paulo Coelho acertó al decir que *“la soledad enseña que no estamos definidos por quienes nos rodean, sino por quienes somos”*. Efectivamente la soledad de Jesús se definió al fin por su misericordia y su perdón.

Es verdad que con frecuencia el mundo nos enseña a temer la soledad, pero a menudo es en ella donde encontramos nuestra verdadera fuerza. En la actual defensa de la vida contra la cultura de la muerte no podemos conformarnos con buscar el refugio del grupo como si fuera lo más eficaz; lo decisivo es la lucha personal aceptando la posible soledad. No olvidemos aquella frase anónima que nos enseña que *“la soledad es la melodía que solo el corazón puede escuchar”*.

El triunfo de Jesús defendiendo la vida queda confirmado por la Secuencia de Pascua: *“Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta”*.

Sigamos, amigo Ricardo, en nuestro grupo de Familias en Defensa de la Vida y repasemos el ejemplo de Jesús para aplicarlo en nuestra propia vida. Un abrazo

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 6 de abril de 2024